

EL PIJO DE NEGURI SE QUEDA SIN PLAN

ASÍS ARANA



2011


A Fontiner
editorial

EL PIJO DE NEGURI SE QUEDA SIN PLAN

Asís Arana



A
A Fortiori
editorial

2011

1ª Edición, noviembre de 2011

© de los textos: Asís Arana Aguinaga

© de esta edición: A Fortiori Editorial

Web: <http://afortiori-editorial.com>

<http://asisarana.com>

Pedidos: pedidos@afortiori-editorial.com

Email de contacto con el autor: info@asisarana.com

Dibujo de portada: Juan de la Rica - <http://juandelarica.net>

ISBN-13: 978-84-96755-83-3

Depósito legal: BI-3140/2011

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de producción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización expresa de las personas titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal).

PAPEL CON CERTIFICADO FSC (Forest Stewardship Council)

La misión de FSC es promover la gestión forestal ambientalmente responsable, socialmente beneficiosa y económicamente viable en los bosques de todo el mundo.

- 1. La gestión forestal ambientalmente responsable asegura que el aprovechamiento de productos forestales maderables y no maderables contribuye a mantener la biodiversidad, la productividad y los procesos ecológicos del monte.*
- 2. La gestión forestal socialmente beneficiosa contribuye a que las poblaciones locales, así como la sociedad en su conjunto, disfruten de los beneficios a largo plazo del monte y proporciona asimismo incentivos para que las comunidades conserven los recursos forestales y se involucren en los planes de gestión.*

La certificación de la cadena de custodia FSC implica la evaluación de la línea de producción forestal, desde el árbol hasta el producto final, incluyendo todas las etapas de procesamiento, transformación, manufactura y distribución, para verificar que la madera utilizada procede de un bosque bien gestionado. Más información referente a FSC en www.fsc-spain.org.

Impreso en la Unión Europea.

*A los pijos solitarios que no son muy mayores
pero tampoco del todo jóvenes (vamos, es que ni de lejos)*

ÍNDICE

Notas del verdadero autor, el ilustre *Eugenio de Meditamendi y Coburgo*: PÁG. 9

1 ¿DE UN TIEMPO A ESTA PARTE QUEDAS LOS FINES DE SEMANA CON *CONOCIDOS* QUE HACE QUINCE AÑOS APROXIMADAMENTE TE CAÍAN REMATADAMENTE MAL, VAMOS, QUE ES QUE LES TENÍAS UNA *MANÍA* QUE TE CAGAS?: UNA BREVE INTRODUCCIÓN AL SINGULAR UNIVERSO DEL PIJO SOLITARIO *NEGURÍTICO*. PÁG. 11

2 NO SUBESTIMES EL PODER CATASTROFISTA DE UN NECIO, PORQUE NI EL MÁS PRECISO Y PRUDENTE DE LOS PROFETAS SERÍA CAPAZ DE AUGURAR LAS POSIBLES CONSECUENCIAS DE SUS ESTUPIDECES: EL ORIGEN DE MI DESCALABRO. PÁG. 31

3 SI TE INVITAN A UNA BODA Y, DE FORMA INESPERADA, TE SIENTAN EN LA MESA PRESIDENCIAL, NI POR UN MOMENTO CREAS QUE LA FAMILIA O CUALQUIERA DE LOS NOVIOS TE TIENEN UNA ESTIMA ESPECIAL; LO ÚNICO QUE PASA ES QUE MANDARTE A CENAR A LA COCINA LES PARECE ALGO UN POCO EXCESIVO: LA BODA DE *PRÍNCIPE*. PÁG. 47

4 SI ESTÁS EN LA MESA DE SOLTEROS DE UNA BODA Y CREES QUE HAY UNA QUE ES *LA TUYA*, QUE SEPAS QUE TODOS LOS TÍOS DE LA MESA PIENSAN LO MISMO. PERO NO ME REFIERO A QUE PIENSEN TAMBIÉN QUE ES *LA TUYA*, SINO A QUE ES *LA SUYA*. PÁG. 79

5 SI ERES SOLTERO, Y PARA QUEDAR CON TUS AMIGOS CASADOS ERES SIEMPRE TÚ QUIEN LLAMA PRIMERO, MUCHACHO— Y ME DA IGUAL CÓMO SUENE ESTO—, ESO ES QUE TE ENCUENTRAS EN UNA SITUACIÓN BASTANTE MÁS QUE PELIAGUDA. ... PÁG. 103

6 TENGAS LA EDAD QUE TENGAS, TU PERCEPCIÓN SOBRE TU PROPIA EDAD, SIEMPRE SERÁ ERRÓNEA: *BOTELLÓN*, *PACHÁ* Y LOS *PROSTIMIGOS*; O LO QUE ES LO MISMO, UNA LAMENTABLE TRILOGÍA DE DESASTRES CONSECUTIVOS. PÁG. 133

7 LAS PERSONAS DEBERÍAN EMPLEAR LA TECNOLOGÍA PARA COMUNICARSE CUANDO NO PUEDEN HACERLO PERSONALMENTE, NO PARA ASÍ *NO TENER QUE HACERLO PERSONALMENTE*: *FACEBOOK* O EL PARADIGMA DE LA ALIENACIÓN CONTEMPORÁNEA. PÁG. 161

8 LA POLÍTICA COMO ÚLTIMO REDUCTO DE LOS SOLITARIOS CRÓNICOS DESESPERADOS. PÁG. 181

9 EN *NEGURI* SÓLO HAY UN METODO INFALIBLE PARA SACUDIRSE TOTAL Y DEFINITIVAMENTE EL SENTIMIENTO DE SOLEDAD: LA MUERTE. PÁG. 197

NOTAS DEL VERDADERO AUTOR, EL ILUSTRE *EUGENIO DE MEDITAMENDI* Y *COBURGO*:


Cualquier parecido con la realidad que pueda tener este apabullante tratado sobre la soledad del cuarentón *negurítico*, es puramente causal. Perdón, quise decir casual.

Y por favor, antes que nada me gustaría aclarar, sobre todo a los colegas y *conocidos* (incluso a aquellos que lo son como de bastante lejos, vamos, de éstos que te saludan de un modo tan imperceptible que en realidad no sabes si están realmente a ello o se les ha metido algo en el ojo), que de verdad de la buena si os digo que en general os comprendo *colossalmente*. Así que no me seáis tontuelos y no os enfadéis conmigo si os sentís identificados con algún pasaje concreto de este esclarecedor volumen. Como se suele decir, reconocer un padecimiento es la antesala de su superación. Os mega juro por las *Hermanas de Martina de Zuricalday* que en el fondo escribo esto por vuestro bien. Es decir, en clave solidaria (aparte lógicamente de *solitaria*). Además, ya veréis cómo al final todo se arregla y, en un par de generaciones como mucho, el complejo nostálgico del *Neguri de Toda la Vida* se convierte simplemente en un pasado esplendoroso de imposible perpetuación y muy improbable renovación.

Otro tema que me gustaría que no diera lugar a sinsabores o engorrosas suspicacias, es el referente a los jodidos— o *dichosos*— *tacos*. Sé a pies juntillas (qué asco de expresión, por cierto) que, por lo menos en el *Neguri de Toda la Vida*, soltar tacos a diestro y siniestro es de una bajeza y vulgaridad inadmisibles. No obstante, considero que al escribir esta profunda reflexión me encuentro en tal estado de angustia existencial, que voy a necesitar recurrir a ellos en aras de lograr unas suficientes expresividad y precisión descriptiva. Porque estaréis conmigo, y me dirijo sobre todo a *ellas* (sí, justo, a las de cardado inamovible y traje de chaqueta enmoquetado con bolso a juego), que no es lo mismo decir que a *fulana, mengana o futana* no le favorece determinado estilismo, que sentenciar que le queda de *puta* pena. Porque a ver, en ese sentido utilizar *puta* no es una cuestión arbitraria o baladí, y mucho menos discrecional. Es decir, no sólo es necesario hacerlo, es hasta exigible, vamos, crucial para alcanzar nuestros fines, que no son otros que informar y hasta hacernos entender, conceptos estos por cierto que no siempre van de la mano.

De todos modos, escribiré *puta* o lindezas por el estilo sólo cuando considere que dicha decisión, por encima de granjearme enemigas pijas de léxico intachable, va también a otorgarme el favor de numerosos lectores para los que las palabras sólo tienen la culpa cuando no se escriben cuando deberían hacerlo y/o viceversa. Porque— y ya vamos entrando un poco en *harina*— quedarse sin plan y sentirse *jodidamente* solo, por mucho que casi siempre una situación preceda a la otra, no son la misma cosa. Vamos, es que no tienen nada que ver. Y sé de lo que hablo porque, como me dispongo a narrarles, yo empecé por quedarme sin plan para acabar, pues eso, *puta, jodida y asquerosamente* solo. Y en *Neguri* eso no es sólo una faena, es más, es el más deshonoroso de los pecados.

Por último, advertir que si me meto más con la *Real Sociedad de Golf de Neguri* que con el *Real Club Marítimo del Abra*, o viceversa (*Jolaseta* queda claramente fuera de este absurdo contencioso), de verdad que no es algo deliberado, ni mucho menos. Vamos, que no se trata de ningún agravio comparativo premeditado. En absoluto quiero significar que considero a uno de los dos clubes más importante o despreciable que el otro. Quiero dejarlo claro porque tuve un pequeño altercado con motivo de la publicación del anterior volumen. Un día, cuando me dirigía a *Zuricalday* para comprar unas *medias noches* y poder así merendar en condiciones, me paró por la calle una tal *Sofi de Inchahostiaga y Zabalabeitia*. Pues bien, ante mi sorpresa no cesó de increparme, llegando a caer finalmente en un claro hostigamiento a todas luces desproporcionado. En un creciente estado de acaloramiento, me confesó con hondo pesar sentirse absolutamente ofendida e indignada, porque no hubiera atacado a su familia en el citado libro. Según ella muchos de los apellidos de sus amigas más mezquinas y presuntuosas, los cuales se mentaban entre sus páginas con intenciones claramente difamatorias (lo cual para ella era lo de menos), eran mucho menos merecedores de padecer dicho trato que los suyos propios. Sostenía con envidiable aplomo y convicción, que los *de Inchahostiaga y Zabalabeitia* eran mucho más de *Neguri De Toda La Vida*, y que sus antepasados (me relató con vívido orgullo que había entre ellos hasta un capitán de fragata carlista) eran bastante más ilustres y conspicuos que muchos de los advenedizos y *nuevo ricos* que un servidor mentaba en ese— por otra parte sensacional— libro. En este sentido quiero constatar lo mismo. *Sofi*, te súper juro que no van por ahí los tiros, que mis intenciones para nada eran ésas, y aprovecho la ocasión para cejar públicamente en mi inadmisibles ninguneo para con los tuyos. Así que, *Sofi* de mi alma, reconocerte desde aquí que la historia y genealogía de tu estirpe no es en absoluto menos trágica, ridícula y lamentable, que la de muchos linajes citados en mis esclarecedoras reflexiones *neguríticas*.



¿DE UN TIEMPO A ESTA PARTE QUEDAS LOS FINES DE SEMANA CON CONOCIDOS QUE HACE QUINCE AÑOS APROXIMADAMENTE TE CAÍAN REMATADAMENTE MAL, VAMOS, QUE ES QUE LES TENÍAS UNA MANÍA QUE TE CAGAS?: UNA BREVE INTRODUCCIÓN AL SINGULAR UNIVERSO DEL PIJO SOLITARIO *NEGURÍTICO*

Decirte antes que nada que en caso de que hayas respondido afirmativamente a la pregunta que da título al capítulo, te interesa *muchísimo* este libro. En caso contrario, pues también, sólo que por muy diferentes motivos. Es decir, más bien como para prevenir y para que valores un poco al pelmazo/a— más conocida como *pareja sentimental*— con la que vayas al cine los viernes nublados de invierno.

Hola, querido lector, sí, soy yo otra vez, qué remedio. Lo siento pero es lo que hay. En caso de que nos acaben de presentar, decirte que mi nombre es *Eugenio de Meditamendi y Coburgo*. Es decir que me sigo llamando igual que cuando *no* nos conocimos en el sin par *Vida y muerte de un pijo de Neguri*. Si te estás preguntando si es posible leer este libro sin haber leído el otro, decirte que pasa un poco como con *Stieg Larsson* y su saga esa de las mujeres que querían suicidarse rociándose con gasolina o algo parecido. Así que puestos a ser sinceros, decirte que prefiero que no lo hagas, vamos, que te insto a que me hagas antes los *deberes*, porque creo que en caso contrario te perderías detalles sumamente importantes. Por ejemplo, no sabrías que un *NDTLV* es un *Neguritico De Toda La Vida*, y que dentro de ese grupo hay varias clasificaciones cuya descripción facilita muchísimo la entrada al complejísimo universo *negurítico*. Y si crees que digo esto sólo por la *pasta*, estás muy equivocado. Porque también lo digo por lo

que luego puedo hacer con ella, como por ejemplo beber más *gin and tonics* en *Tamarises* que de costumbre.

Y ahora es posible que te preguntes entonces por qué escribo este libro, si es porque estoy muuuuy aburrido (aunque a decir verdad, confieso que tiempo tengo a patadas), porque necesito expresar mis sentimientos *para sentirme yo mismo*, o por alguna otra memez por el estilo que solemos decir los escritores en estos casos, un poco como para hacernos los profundos y sensibles. Pues un poco de todo, querido lector (permíteme que te putee, perdón, quería decir tutee). Pero puestos a sincerarnos, confesarte que escribo fundamentalmente este libro porque, además de servirme de catarsis para ahuyentar mis fantasmas *neguríticos* (ésos que se visten con sábanas almidonadas de *Gastón y Daniela*), me importas mucho y quiero ayudarte. Es decir, porque considero que éste es un libro *necesario*. Pero no sólo para los *NDTLVs* solitarios, sino también por los aspirantes a serlo (que sí, que a mí no me la pegas, mucho decir que los de *Neguri* somos unos *pijazos* de mierda, pero luego has acabado jugando a pádel y dándote *mechas*, por mucho que los sábados vayas al frontón diciendo *hostias* todo el rato, imagino que como para dar la sensación de que sigues siendo el *brutote* castizo de siempre).

Podrías pensar entonces que éste es un libro de autoayuda para los pijos *neguríticos* cuarentones, a los que sólo les queda la bebida por fallarles (tranquilo, que mientras te queden unos eurillos, esa compañía es más fiel que el pelmazo de *Lassie*, y sé bien de lo que hablo). Pues sí y no. Y por qué digo esto; pues aparte de porque me da la gana, pues porque los libros de autoayuda son una gilipollez en sí misma, sólo comparable a obstinarse en tratar de convencer a un nacionalista de cualquier modelo, de que *nacer* no tiene ningún mérito (para determinados casos no puedo decir lo mismo de *morir*). Libros del estilo de *Cómo engordar tu autoestima por cada centímetro que lo hace tu cintura* o *Cómo ahuyentar tu sentimiento de culpa si eres católico y recuperas la felicidad tras tu divorcio*, simplemente no tienen ningún sentido. Y si los compras sacrificando el mío, que sepas que eres un gilipollas de tomo y lomo. Sin más. Lo siento pero no pienso andarme con chorradas y medias tintas a este respecto. Hay cosas que son como son, por lo que no hay que darles más vueltas. Si no paras de engordar porque te pones *chato* a *Tigretones* y palmeras de chocolate de *La Cantina*, no aumenta tu autoestima ni de coña. Y no hay vuelta de hoja. En dicho caso, y sólo si tienes suerte y eres un tipo especialmente huevón y desidioso, tu autoestima se estanca en un nivel bajísimo, pero nada más. Y con respecto al otro ejemplo, si profesas la religión católica y tras divorciarte te da por sonreír todo el rato, pues no podrás evitar luego caer un poco en el consabido y clásico remordimiento

emocional de toda la vida. Es un poco como santiguarse mecánicamente tras fornicar (a veces hasta cuando *lo haces* con tu propia esposa, sólo que en ese caso te santiguas por otros motivos que ahora mismo no conviene detallar).

Es decir, los libros de autoayuda sólo ayudan a los estados patrimoniales de los *farsantes hijos de puta* (lo siento, señoras de *Neguri*, pero sustituirlo por *gamberretes vástagos deramera* no me parece igual de definitorio) que los escriben. Y además sólo cuando lo hacen para una editorial con un buen departamento de marketing. Esos libros son absurdos, y frustran más que ayudan si hablamos de una persona con un dedo y medio de frente, y no de alguien insalvablemente imbécil. Hasta estar enganchado a *Teletienda* me parece más inteligente, y yo diría que hasta útil (no te imaginas el chisme que me he comprado hace poco para picar todo tipo de alimentos). Vamos, que creer en un libro de autoayuda me parece similar a pensar que vas a ser mejor jugador de pádel (o *pala*, si se da el caso de que eres un *NDTLV Estúpida y Absurdamente Avergonzado De Serlo*), únicamente porque te hayas comprado unas muñequeras nuevas, o que vas a ligar más porque te hayas echado ríos de fijador en tu ingobernable pelo coño de mierda. Y no me vengas con el rollo ese del efecto placebo de los cojones, y con el dichoso cuento de que, en esos casos, la compra en sí misma se basta también a sí misma para alcanzar sus fines. O sea, no me digas que ya estás disfrutando— léase *ganando*—, durante ese tiempo en el que, justo antes de salir de marcha, te miras al espejo guiñándote el ojo a ti mismo mientras te embadurnas de gomina, para acto seguido moldearte los cabellos y morrearte a ti mismo de forma imaginaria (a veces hasta de facto). Porque miremos un poco más allá, y pongámonos a ver quién es el guapo que te aguanta al día siguiente tras tu estrepitoso fracaso erótico-festivo, con una fregona en la cabeza a modo de masa capilar y padeciendo un *resacón* del catorce, mientras al tiempo comes ganchitos revenidos y haces zapping de un modo seudo enfermizo. Y es que sí, que lo sepas, muchacho-a, todo lo que hagas por ganar y no funcione, en el fondo te hace perder, haciéndote retroceder automáticamente a tu infausta situación de partida (si es que no lo hace incluso a un punto más atrasado de tu imparable declive).

A ese respecto, pondré un ejemplo absolutamente revelador. Hace unos años, una tía mía, *Dolo de Coburgo y Urrieta* (el nombre de pila creo que en este caso para nada es casual), me regaló por Navidad un libro de autoayuda (admito que si el suicido era una de sus posibles y veladas sugerencias de apoyo, doy fe que no iba muy desencaminado) con, al loro, el siguiente título: “*El poder del ahora: una guía para la iluminación espiritual*”. Al preguntarle a mi tía por qué me regalaba ese libro, si era porque le daba la sensación de que mi espíritu

necesitara algún tipo de alumbrado suplementario al procurado de oficio por el tendido eléctrico *negurítico*, mi tía me dijo que no, que aunque no tenía ni zorra idea de lo que pretendía el libro de marras con tamaña cursilada de título, me lo regalaba sólo porque le daba la sensación de que yo era un tipo *muy profundo*. La mentira piadosa no me importó. Es más, aprovecho desde aquí para agradecerle su tacto, porque sé positivamente que sí que tengo pinta de necesitar ayuda. De hecho tengo aspecto de requerir toda la posible (su tipología o concreción es lo de menos). Pero por otro lado me gustaría informarte, tía *Dolo*, de que pasarse todo el día paseando por la playa con la mirada apergaminada, una bufanda parda de lana al cuello y un abrigo de espiga, no significa en absoluto que uno esté cavilando sesudamente sobre las más elevadas cuestiones filosóficas. Es decir, no significa que yo sea un tío *profundo*. Vamos, es que no tiene nada que ver. Tan sólo significa que uno tiene entre manos mucho más tiempo libre del que puede manejar.

Pero bueno, puestos a ello, un día me dio por hojear el libraco de marras que me regaló, que por cierto había vendido ya por entonces la friolera de más de dos millones de ejemplares. Y, simplemente, quedé estupefacto al leer a Voleo uno de sus párrafos. Cito textualmente: “*No hay nada que puedas hacer u obtener que te acerque más a la salvación que este momento. Asimismo, nada de lo que hayas hecho o de lo que te hayan hecho a ti puede impedirte decir sí a lo que es, y llevar tu atención profundamente al ahora. Esto es algo que no puedes hacer en el futuro. O lo haces ahora o no lo haces nunca*”. Lector, perdona que me ponga tan flemático y/o pesado, pero es que me estoy empezando a poner otra vez nervioso de cojones. ¿Pero tú has leído bien?! El caradura ese había vendido más de dos millones de kilos de humo diciendo que *siempre es hoy*, que *siempre es ahora*, que cuando sea mañana, mañana será hoy, y que por consiguiente pasado mañana ese mismo mañana será entonces ayer. En fin, sin comentarios.

Aunque bueno, también admito que al principio pensé que igual yo no me había enterado todavía de nada. Léase, que con mucho esfuerzo uno podía salir del *ahora*. Así que me tumbé en la cama, me apreté las sienes con sendos puños, cerré los ojos y apreté los dientes. Luego empecé a hacer profundas respiraciones sincopadas para así tratar de que mi concentración y convicción fueran máximas, o lo que viene a ser lo mismo, *arrebataadoras*. Y entonces, muy despacio y entonando con preciosista prosodia, pronuncié las palabras mágicas.

—*Ahora*, vete de aquí, quiero estar en *antes* o en *después*.

Al principio pensé que lo había conseguido porque me sentí muy bien, casi como si hubiera hecho un hoyo en uno en la última jornada del *Masters*

de Augusta, y hasta me fui a la cocina para mirar el reloj y comprobar si había conseguido salir del *ahora*. Pero no, me temo que fracasé en mi experimento. No sé si es que hice algo mal o no seguí los pasos adecuados, pero el caso es que fue todo un espejismo. Porque a pesar de que el reloj estaba estropeado (mi madre nunca le cambia la pila), seguía siendo *ahora*. Vamos, *ese momento*, porque mientras escribo esto sí que es *ahora*, pero me refiero a *ahora* de verdad. Pero es que claro, para saber eso tenía que haber seguido leyendo un poco más. Así que abróchate el cinturón y prepárate a dilatar tus pupilas.

Y es que luego leí con transida emoción que lo que tenía que hacer para ser verdaderamente *feliz* era— y también cito textualmente— “*entrar en el ahora desde donde estés*”. ¡Esa era la clave, no salir del *ahora*, tonto de mí, sino entrar! Es decir, que para entrar en el *ahora* podías estar en cualquier lado. O sea, desde comprando fruta en el súper, magreándote con tu churri, sacándote un moco, ejercitando tu volea de revés, o hasta cortándote las venas mientras lees un cúmulo de sandeces de semejante calibre. Y yo me pregunto, querido lector: ¿cómo es posible que haya tanto memo suelto por el mundo para que alguien se haga de oro escribiendo semejantes paridas? Bueno, ya paro, que quizás *ahora* me he puesto un pelín plasta con este tema.

Así que, dicho lo dicho, diremos que éste es un libro de autoayuda pero a la inversa, lo cual no quiere decir necesariamente que sea un libro de *autoputeo*, ni mucho menos (que tampoco es eso, joder). Me refiero a que es un libro de autoayuda en el sentido de asumir que no necesitas ninguna ayuda, cuando la historia de la humanidad ha demostrado por activa y por pasiva que hay determinadas situaciones y problemas para las que nada ni nadie te pueden ayudar. O lo que es lo mismo, y yendo ya un poco al asunto, si te sientes de asco porque estás *muy muy muy solo*, únicamente puedes mejorar no estándolo. Es decir, a través de la compañía de alguien (en último término *de quien sea*). Pero claro, es que entonces ya no estarías solo. Sí, de cajón, lo sé, pero es bueno recordárnoslo de vez en cuando para evitar determinadas pajas mentales que no conducen a nada. Y es que en esta vida, casi todo lo importante es de perogrullo.

Y si en el punto actual del relato todavía no has entendido por qué *Eugenio de Meditamendi y Coburgo* está volviendo a escribirte, es que eres lento de cojones. Lo cual tampoco habría de suponer en principio ningún problema, ya que me tengo por una persona muy pija, pero hasta incluso más transigente, pluralista y democrática (bueno, obviamente no *más*, pero por ahí anda la cosa). Lo que te quiero decir es que, si eres lento, no pasa nada mientras sepas que lo eres. Es decir, ir de Bilbao a Madrid en *Vespino* no es reprochable ni condenable, mientras no le hayas dicho a la persona con la que hayas quedado que os veis en

dos horas como mucho (y no, me da igual que tu *Vespino* tenga *tubarro*; no se puede y punto).

Efectivamente, escribo estas líneas porque mi gran y único amigo, *Príncipe* (ahí sí que sí, o lees el primer libro o te quedas sin saber del memo de él, porque no pienso repetirlo otra vez por respeto a mis fieles seguidores) se ha casado. Sí, amigo, como lo oyes. Y es por ello que, hace unos meses, presa de una creciente angustia existencial, me vi en la delicadísima situación de quedar mano a mano con *Ramontxu Basterrechea* para tomar unas cañas. Como ves mezclo en este caso la *che* y la *tx*, para así equiparar poder desquiciante entre nacionalistas españoles y euskaldunes. Ambos me parecéis suma e igualmente grotescos— por decirlo en plan suave y no caer en el insulto—, por lo que de momento no abundaré más en este tema (luego sí, de hecho lo haré a saco). Vale que *Príncipe* era y es extremadamente necio e inútil. Pero era *mi* necio e inútil. Y tened claro que, como decía el *jartomari* de *Friedrich Wilhelm Nietzsche*, la verdadera fortaleza del hombre se mide por su capacidad para soportar la soledad.

Pues que sepas que el cabrón de él tenía más razón que un santo, porque me he dado cuenta gracias a sus palabras de que en ese sentido soy *extraordinariamente débil*. Ya lo sospechaba, de acuerdo, pero es que ahora lo sé de un modo tan clarividente como aterrador. Y vale, también asumo que apenas quedaba con *Príncipe* de lo mucho que me irritaba su presencia. Y qué. ¿Es que eres bobo, todavía no lo entiendes? Qué importa eso. La felicidad es un estado mental, no físico ni circunstancial. Es lo mismo que cuando me dejó la novia de la universidad, *Totti de Garrapatagoitia y Arrigorriaga* (lo peor de todo es que cuando me enteré de que cortaba conmigo, según ella ya lo habíamos dejado un año antes, hasta ese punto estaba yo desconcertado). Y claro que me aburría soberanamente estar con ella, yendo todo el día de excursión a *El Corte Inglés* a cambiar vestidos y complementos que compraba y siempre devolvía por razones que obviamente nunca me preocupé en averiguar (los lectores menos olvidadizos recordarán un pasaje del anterior volumen, en el que se aludía a lo extendida que está esta práctica entre los *neguríticos* más manirroto). Pero eso era lo de menos, porque de lo que en realidad se trataba era de *saber* que *Totti* estaba allí, aunque fuera a algún que otro kilómetro de distancia psicológica. Bueno, y hasta física (incluso nuestros escarceos sexuales eran distantes, como un poco trabajosos, cíclicos, mecánicos, rutinarios). Pero eso era lo de menos. La cuestión era que podía solazarme acariciando con mi subconsciente la posibilidad de que cuando quisiera podía ir a *El Corte Inglés*, llamarla por megafonía en la planta de *Menaje del Hogar*, y dar con ella para repetirle una y

otra vez “*pero qué plasta eres con tu Tarjeta Oro de El Corte Inglés, hija mía*”. Y es que hasta *Galerías Preciados* me parecía por entonces un mal menor.

Pero bueno, eso ahora da igual porque el trasfondo del asunto ya me ha quedado totalmente claro. La gente más necesitada y deseada es precisamente la más petarda, mediocre y desquiciante, porque permite que el resto nos engañemos a nosotros mismos sobre la calidad y el talento de nuestras respectivas personas. Por eso los lerdos gobiernan el mundo, ya no me cabe la menor duda.

Y por eso mismo yo necesitaba que *Príncipe* me necesitara de alguna forma, es decir, para *vigorizar* mi autoestima. Pero me temo que *Príncipe* ya no está. Vale que le puedo llamar a través de mi *Nokia Connecting People* (no viene al caso, pero os juro que tiene hasta *Organizador*, que no sé bien para qué sirve pero parece que es una función como que te *organiza* cosas), pero no es lo mismo. O sea, es lo mismo pero no es igual. Y es que su boda, se trata claramente de una situación de *no retorno*. Sé además que no se va a divorciar, porque en realidad se trata de un matrimonio de conveniencia. Es decir, que como su nombre indica, *conviene* en general a las partes implicadas (sobre todo a su madre). Pero bueno, ya entraremos en ese tema más adelante cuando me ponga a pormenorizar la crónica de mi debacle existencial. No obstante, créeme que si en vez de *Nietzsche* habláramos de *Federico Guillermo de Nieche y Barandiarán*, hubiera escrito que la verdadera fortaleza del hombre se mide por su capacidad para defender a *Franco* a voz en grito y en plena escalinata del ayuntamiento de *Donosti*. Por el contrario, en caso de hablar de *Federiko Nietxe*, hablaríamos de su capacidad para tocar la *txalaparta* en la piscina del *Real Club Marítimo del Abra*.

Y si lo que ahora te preguntas es quién diantres es *Ramontxu de Basterrechea* para que constituya algo tan grave haber quedado con él, decirte que era el típico compañero de clase tan insignificante, que la gente ni siquiera se metía mucho con él (quiero decir que nos metíamos, vale, pero no como con por ejemplo *Alechu Vengoetxea*, quien al día de hoy sigue negándose a levantarse de la cama). Comprueba además que no a todos los tíos sometidos a un sinfín de vejaciones y abusos en el colegio, les ha ido luego tan mal. Muchos de ellos han desarrollado tal capacidad de resistencia y superación, que luego se convierten en triunfadores y verdaderos baluartes o prebostes de nuestra sociedad (recuerdo con especial viveza el caso de *Fele Gayolabeaga*; le quitábamos todos los días el bocata de salchichón que traía para el recreo, y el perro de él es hoy en día dueño, además de fundador, de *Pans and Company*; qué puto crack, *Fele*, te lo mereces; te mando desde aquí mi más sincera enhorabuena).

Pues bien, *Ramontxu Basterrechea* es un elemento que todavía no se ha enterado de que los jerséis y calcetines de rombos ya no se llevan, por muy *NDTLV Estúpida y Absurdamente Orgullosa de Serlo* que seas (me remito de nuevo al primer volumen si el lector se siente en este momento desnudo de conocimientos). Y lo digo sólo a modo de aperitivo. Lo siento, *Ramontxu*, si me estás leyendo, pero es que casi prefiero estar solo antes que mirar al suelo y ver esos mocasines de borlas granates tope anacrónicos, así como tu desilusionante pantalón beige (pronúnciese “fveish”) remangado en plan pescador vadeando un riachuelo, para que así todo el mundo se estremezca ante tus jodidos *Burlington* de rombos en tonos zanahoria clarito.

Sobre *Ramontxu* hay dos anécdotas que merece la pena que te cuente, para que así te hagas una idea del espécimen del que hablo. De lo fuerte que es una de ellas, muchos piensan que es sólo leyenda. Pero me consta a pesar de ello que es rigurosamente cierta. Y es que una *Noche de Reyes*, su mujer, *Fanny del Sotodelafinca* (corren rumores de que el apellido se lo alargó a propósito por su desmedida ambición latifundista), se divorció de él de forma fulminante tras enterarse de algo. Justo antes de irse a la cama, *Fanny* le dijo a *Ramontxu* que tenían que poner los regalos para sus hijos, *Chente* y *Piru*. Hablo de sus mellizos de tres años (por entonces acababan de cumplir uno) que, por cierto, ya tienen *Blackberry*. Cuando *Ramontxu* le dijo que no sabía de qué rayos le estaba hablando, *Fanny* se lo tomó a coña. No obstante, después de una hora de forcejeo dialéctico se dio cuenta trágicamente de que su marido se acababa de enterar de que los *Reyes Magos* eran los padres.

—O sea que en este caso los *Reyes*..., ¿seríamos nosotros, o sea tú y yo, o sea...?— le espetó a bocajarro el casta de *Ramontxu*, boquiabierto y ataviado con su cegador pijama canela de seda, batín de protozoos a juego y zapatillas burdeos de terciopelo jaspeado.

Sé positivamente que no das crédito, querido lector. Seguramente pienses que se trata de una exageración, de un chiste malo o que te lo estoy diciendo en broma para hacerme el *graciosillo* (obviamente con escaso éxito en dicho caso). Pero cuando te cuente la otra historia, también rigurosamente cierta y perfectamente documentada, entenderás que en la cabeza de *Ramontxu* caben muchas más cosas que en su monovolumen familiar, fabulosamente espacioso por otro lado. Lo comprenderás cuando te cuente ese otro episodio. Así que allá vamos.

Ramontxu juega *divinamente* al golf, a cada uno lo suyo, y además dicen los entendidos en la materia que tiene un swing *monísimo*. Permíteme hacer a colación del tema un pequeño paréntesis de corte nostálgico. Mi madre me decía de pequeño lo mismo, y yo al principio me sentí muy animado ante tamaño panegírico materno. Pero luego comprendí que me tenía que contentar con jugar sin pelota si quería tener alguna posibilidad frente a mis rivales (me llamaban el *petrolero*, de las perforaciones que emprendía con cada *rabazo* que daba). Vamos, que mi única alternativa de éxito consistía en completar el recorrido haciendo únicamente *monísimos* swings de prueba. Pero bueno, esa es otra guerra y no quiero desviarme del episodio que nos ocupa; *Ramontxu*.

Otro detalle importante a tener en cuenta para comprender bien las motivaciones de *Ramontxu* en esta historia, es su insaciable apetito competitivo. Por naturaleza le gusta ganar en todo. Y claro, como es tan torpe y negado para todo salvo para el golf, pues en esta disciplina se vuelve un auténtico tirano del triunfo. Vamos, es que le *horroriza* la posibilidad de perder sólo de pensarlo.

Pues bien, hace un par de años, poco antes de enterarse de que los *Reyes Magos* son los padres y de su consiguiente divorcio, jugó en nuestro bellissimo campo de la *Real Sociedad de Golf de Neguri* el Campeonato de España (*Estatal* si sufres al leer esa palabra) Amateur. En la última jornada, y a falta de un hoyo, iba en cabeza con un solo golpe de ventaja sobre su inmediato seguidor, el joven y prometedor *Kepa Gorospe*, natural de *Barakaldo*. Entonces *Ramontxu* cayó en el bunker del 18 al ejecutar un segundo golpe un tanto defectuoso (a pesar de que el swing, como siempre, le había quedado *monísimo*). Informarte de que ese bunker es un auténtico calvario, ya que tiene un escarpadísimo y altísimo talud. De hecho, muchos golfistas *neguríticos* han abandonado la práctica de este deporte para hacerse monjes cartujos, sólo por el hecho de haber sufrido una experiencia traumática entre sus arenas.

Todo el mundo que merece la pena ser considerado como tal se agolpaba en las inmediaciones del *green* del 18 para observar en rigurosísimo directo la salida de bunker de *Ramontxu*. Guardaban un silencio sepulcral, intuyendo pero sin ver la figura oculta de *Ramontxu* atrapada en la mortífera trampa de arena. Los segundos pasaban, y nadie se atrevía siquiera a dar un sorbito al innegociable *gin and tonic* de marras con el que templaban sus desbocados nervios. De repente se oyó un ligero ruido, entre apelmazado y musgoso, que parecía certificar la ejecución del golpe por parte de *Ramontxu*. Entonces la pelota brotó en el aire desde el bunker de un modo casi *epifánico*, valga la expresión que me acabo de inventar por el morro. Surcando la atmósfera *negurítica*, la pelota describió una estilosa parábola cercada por una tenue cortina de blanca arena. Apoteósico.

Con su genial golpe *Ramontxu* consiguió dejar la bola a menos de un metro de bandera. Simplemente magistral, providencial, insisto, *fetén*.

Ni que decir tiene que *Ramontxu* no tuvo problemas para embocar acto seguido, con lo que se alzó así con el Campeonato de España Amateur, ante el alborozo generalizado de la *Real Sociedad de Golf de Neguri*. Y es que el máximo rival de *Ramontxu* era, además de un excelente jugador, un advenedizo de la margen izquierda cuyo padre le había regalado su primer hierro colándolo él mismo en las incandescentes calderas de los antiguos *Altos Hornos de Vizcaya*.

Hasta ahí todo bien. Pero la catástrofe para *Ramontxu* tuvo lugar durante la entrega de premios. El presidente de la *Real Sociedad*, *Kosme Olaveaga* (os juro que el tío escribe así su nombre; a mí me da que le encanta cultivar esa fama de excéntrico que tanto le ha costado granjearse a base de chorradas de ese mismo estilo) le hizo entrega del trofeo, una diadema/tiara en plata de ley con sendos extremos con forma de driver. *Ramontxu* tuvo entonces la nefasta suerte de que cuando se la colocó en la cabeza (los drives se le metían por los pabellones auditivos y a decir verdad tenía un aspecto bastante ridículo), *Kosme* se aperció de que *Ramontxu* tenía restos de arena en las palmas de las manos. Entonces *Kosme* dijo de repente por el micrófono, y como respondiendo a un impulso reflejo:

—*Ramontxu*, no habrás sacado del bunker con la mano en el último hoyo, ¿verdad? Me refiero a cogerla del suelo y lanzarla en plan tiros libres, para así ganar en precisión y control de pelota.

La cara de *Ramontxu* era casi indescriptible. Labios temblorosos, ojos desorbitados, pómulos oscilantes, sudores fríos (admito que no comprobé su temperatura pero da igual, esto no deja de ser literatura en toda regla), titubeos... En fin, ¿te haces cargo, no, mi cariacontecido lector? Pero eso no fue lo más grave. Qué va. Lo peor de todo fue cómo intentó *Ramontxu* salir del atolladero en el que se encontraba.

—Te juro, *Kosme*, que nada que ver con eso. Lo que pasa es que *Puffy* y yo, antes de la entrega de premios... Ya sabes, para rebajar un poco la tensión acumulada durante el juego— y miró hacia el bunker acto seguido mientras se acariciaba subrepticamente las pelotas.

La mujer de *Kosme*, *Puffy Sendaguarrarena*, que ejercía labores de presidenta y que— al César lo que es del César— tirando por lo bajo está

buenísima, se encontraba situada junto a *Ramontxu*. Pues a éste no se le ocurrió otra cosa que decir que, justo antes de la entrega de premios, habían estado montándose juntos en ese mismo bunker para celebrar su victoria. Vamos, en plan polvete de trincheras. Sí, lector, cierra esa boca porque fue así como sucedió, como lo oyes. ¡Lo dije, te lo juuuuro! Hace falta ser merluzo, ¿verdad?, con perdón para los merluzos.

Lo cierto es que todo el mundo sabía perfectamente que *Puffy* y *Ramontxu* llevaban *entendiéndose* desde hacía mucho tiempo atrás (hay que reconocer que otra leyenda urbana sobre *Ramontxu* es que tiene un *driver* entre las piernas que no tiene nada que envidiar al de fibra de carbono con el que ejecuta su monísimo *swing*). Pero en *Neguri* los cuernos son lo de menos, siempre y cuando se coloquen con unas mínimas elegancia y discreción. En estos pagos, la realidad y la apariencia nunca pasean de la mano; como mucho se cruzan para seguir caminos siempre divergentes.

En su condición de ilustre Campeón de España Amateur, el sinsorgo de *Ramontxu* pensó que quizás *Puffy* le echaría un cable siguiéndole la corriente. Pero qué va, más bien todo lo contrario. Y no porque su marido estuviera delante, ya que *Kosme* también estaba al tanto de las aficiones extramaritales de la entropierna de su mujer. Lo que realmente le irritó sobremedida a *Puffy* fue que la gente pensara que era capaz de revolcarse en mitad de la arena con su preciosísimo vestido de *Villorrio* y *Crettino*, en plan adolescente *salidorra*. Me refiero a que ella estaba convencida de que ser una zorra no significa necesariamente ser una *cualquiera*, y mucho menos una sucia en el sentido literal del término. Así que sin pensárselo dos veces le propinó a *Ramontxu* un bofetón de tal calibre, que a éste se le cayó la diadema de la cabeza (recuerdo que hizo muchísimo ruido al golpear el parquet). Imaginaos además el bochorno de la situación para *Fanny*, a quien yo creo que no le importaba demasiado que *Ramontxu* se tirara a *Puffy*, siempre y cuando éste conservara su *monísimo* *swing* y le pagara sus clases de *Pilates*. Pero una cosa es que su marido se tirara a quien fuera al margen de su matrimonio, y otra cosa mucho más grave era que *Ramontxu* demostrara delante de lo más granado del *Neguri* más trasnochado que era subnormal profundo (vamos, hasta la zona abisal estimando a la baja).

Y qué demonios, yo comprendo que *Ramontxu* intentara defenderse de algún modo, pero hay que saber cuándo uno ya no tiene salida, para así poder contener a tiempo la posible expansión de un desaguisado supino. Me temo que hay veces en que, si uno se empeña en buscar una solución donde no la hay, puede conseguir que su desgracia sea aun mayor si cabe, que es precisamente lo que le pasó al perlado de *Ramontxu*. Y es que no sólo fue descalificado de forma

fulminante, sino que además se ganó para siempre la fama de imbécil mentiroso, granjeándose paralelamente la de incorregible tramposo. Bueno, admito que la de imbécil mentiroso siempre la tuvo porque le venía de fábrica, pero digamos que gracias a dicha actuación la afianzó con creces.

Y ya que estamos, *Ramontxu*, déjame decirte desde aquí, eso sí, sin acritud, desde la más sincera complicidad y con pleno ánimo constructivo, que en parte entiendo perfectamente tu reacción. Y es que admito que tener en *Neguri* fama de tramposo jugando al golf, sólo se supera por tener la de *yonkie* y maricón seropositivo que vive en la indigencia (y depende de los casos, no siempre, porque el golf en *Neguri* es un poco como el juego en *Las Vegas*, y a veces hasta algo más serio que la mismísima soledad). No obstante, has de reconocer tú también que tu reacción prueba claramente que diste vacaciones a tu cerebro en un momento en el que requerías expresar al máximo su exigua capacidad de raciocinio.

Bien es cierto que *Fanny* no se divorció de él en ese momento, porque era vox populi que estaba encantada con el *tipín* que le dejaban sus clases de *Pilates*, que tengo entendido eran bastante más que caras. Pero bueno, en ese sentido tampoco le sirvió de mucho a *Ramontxu* porque para eso ya estaban los pasotas de los *Reyes Magos*, que al parecer preferían quedarse en el lejano oriente tocándose las pelotas antes que cumplir con la misión de reparto que la tradición popular les tenía encomendada.

Más adelante volveré otra vez con este espinoso asunto. Pero de momento, de cara a nuestro encuentro en el muelle, sólo te interesa saber que *Ramontxu* sabía muy bien que yo sabía el motivo de su divorcio (de hecho, lo sabían hasta las mascotas menos cotillas de los *NDTLVs*).

Por otro lado, contarte algo más, aunque sea de modo anecdótico. Nadie sabe cómo pudo ser teniendo ese ascendiente directo tan incapaz, pero el caso es que los mellizos de *Ramontxu* y *Fanny*, *Chente* y *Piru*, eran unos mocosos especialmente precoces y perspicaces, hasta el punto de que supieron que los *Reyes Magos* eran los padres casi a la par que su propio padre (sólo año y pico después que él). Y me da igual que no te lo creas. No pienso pelearme por ello. Así que si vas a estar en plan suspicaz cierra el libro de una vez y vete a jugar con tu puto *iPhone*, porque miento lo justo y además el que se ha quedado sin plan soy yo. Bueno, *de momento*, porque si estás leyendo esto, francamente, no me extrañaría que fuera porque estás muy cerca de que te pase $\frac{3}{4}$ de lo mismo.

Así que bueno, por hacértelo breve y ponernos en situación, decirte que comparada con la de *Ramontxu*, podría decirse que mi situación social era casi hasta holgada, cómoda, yo diría que incluso airosa. Lo que pasa es que admito

que el peso de la soledad ya había empezado hacer mucha mella en mí. A modo de pequeño *tip*, te diré, pero eso sí, que quede entre nosotros, que si estás empezando a perder la noción sobre cuál es la frontera entre la tranquilidad y el aburrimiento, es más que recomendable que prestes toda tu atención a estas páginas, ya que lo tuyo tiene toda la pinta de que va a empeorar en breve. Y tienes un problema incluso mayor si te avergüenza avergonzarte de ello (si sólo te avergüenza es malo, pero por ahora no tanto). Eso pasa mucho en vacaciones. Yo les tengo perfectamente calados a los solitarios crónicos de *Neguri* que se avergüenzan de serlo (no de ser de *Neguri*, sino de estar solos). Y es que cuando les pregunto qué han hecho en vacaciones, me sueltan que no les apetecía mucho ajeteo y se han ido solos a la casa de la playa para *descansar* (esto tiene el valor de decírtelo hasta gente que lleva en paro desde que nació), que necesitaban estar *tranquilos*, que estaban realmente *agotados*, *exhaustos*, que lo único que han hecho allí ha sido comer, dormir, beber (esto sí me lo creo, mira tú por dónde), y leerse todo *Tolstoi* doce veces seguidas (eso sí, de llorar y masturbarse, no te dicen *ni mu*). Lo mejor es cuando te aseguran además que han descubierto un filón, ya que no paran de repetirte que han sido las mejores vacaciones de toda su vida. ¡Jajajajajaja!, me parto. Ésas serían las vacaciones perfectas para el padre de familia de *Con ocho basta*, pero no para ti, ¡farsante, más que farsante! ¿Pero a quién queréis engañar, putos colgados!? Si lo que quieres es que pase un poco más desapercibida tu patética situación, di sólo dónde has estado de forma objetiva y ya está, punto, cállate el resto. Evita a toda costa hacer juicios de valor, que lo único que van a hacer es comprometerte aun más, ¡estúpido, más que estúpido! En fin, perdona, querido lector, lo siento. De verdad que no hablaba de ti, te lo juro. Me refería a esos otros, pero es que de verdad que me ponen enfermo.

Es curioso cómo somos los seres humanos, ¿no crees? Antes de que *Príncipe* se casara no pensaba en él ni medio instante. Mi *Nokia Connecting People* acumulaba más llamadas perdidas que el teléfono de *Charlize Theron* (la diferencia con ella es que en mi caso todas eran del lerdo de *Príncipe*). Pero de verdad que no me importaba. Como ya he dejado caer antes, incluso me halagaba en cierta forma no coger el teléfono mientras éste no paraba de sonar. Seguía tan tranquilo escuchando en casa viejos discos vinilos de *Bing Crosby* y bebiendo té con limón en bata y zapatillas. Al mismo tiempo, y mientras miraba por la ventana el fragoroso romper de las olas de *Ereaga*, compadecía a los osados paseantes que se protegían de los embates del temporal, ajenos éstos por completo a lo mucho que servidor disfrutaba cuando, justo antes de volver a recuperar un nuevo y reparador sueñecito vespertino, me solazaba quitando

las pelusillas de mi manta de *cashmere*. Porque te *mega* prometo (esto es casi como jurar pero sin llegar a tanto), que tampoco tenía la tentación de llamar a nadie. Ni siquiera de salir a beber, aunque tampoco fuera raro que lo hiciera de vez en cuando. Lo que quiero decir es que estaba solo sin tener la sensación de soledad. Y ésa es la palabra clave, *sensación*. Por decirlo de algún modo (eso sí, muy cursi), cualquier realidad física se muestra inerme ante una sensación positiva o placentera. Es decir, *palidece*.

Por otro lado, hacía tanto que no me comía un rosco que incluso en ese aspecto era como un viejo de doscientos años. Es decir, el sexo en compañía se había convertido en algo parecido a la posibilidad de comprarme un jet privado. Esto es, algo que está ahí teóricamente, pero sin llegar a estarlo del todo en términos prácticos. Me refiero a que como mucho lo intuyes y, eso sí, a millones de años luz de tu inmutable circunstancia. Y es que veía ambas cosas *taaaan* lejos, que cuando pensaba en ello no sólo no me escocía, más bien al contrario. Pensar en retozar junto a una ninfa se había convertido en todo menos en algo doloroso. Había perdido incluso la calidad de *atmósfera*, no sé si me explico. Hasta el punto de que, al ponerme a pensar en ello, incluso me permitía desgranar una apenas esbozada sonrisilla felizmente resignada, la cual en absoluto me impedía que, pasados dos míseros instantes a lo sumo, hubiera vuelto a enfrascarme tranquilamente en la página de deportes del periódico, el cual por otra parte estaba además perfectamente planchado.

Pero fue casarse *Príncipe*, y... ¡zas! (admito que cualquier onomatopeya me habría valido en este sentido, he escogido *zas* al tuntún; bueno, lo mismo digo con respecto a esto último). De repente tenía la imperiosa necesidad de salir de casa todos los días a *dar una vuelta* (tradúzcase esto último como *a ver si me encontraba con alguien para sofocar en la medida de lo posible mi creciente e irreprimible sensación de ansiedad*). Y es que quién me habría dicho a mí tiempo atrás, apenas un par de meses antes, que intuir a unos metros la figura deslavazada de *Ramontxu*, no sólo no me iba a hacer cambiar de acera, sino que me iba a permitir experimentar un sutil y extraño sentimiento que, si no era de abierto gozo, sí lo era de incipiente serenidad espiritual.

También tengo que confesarte que en realidad yo a *Ramontxu* nunca le tuve inquina. De hecho me la tenía él más a mí, si bien también admito que por motivos perfectamente justificados. Te cuento.

Cuando estudiábamos, por decir algo, en el colegio *Gaztelueta*, del *Opus They*, *Ramontxu* era un tipo, además de extraordinariamente poco carismático, muy susceptible. De verdad que era vulnerable en extremo. Pero no obstante, era sobre todo un tío con una absoluta incapacidad para *interpretar* la realidad. Y

eso que por entonces nadie de la clase sabía que *Ramontxu* no sabía que los *Reyes Magos* eran los padres, porque habría sido para él una auténtica hecatombe. Hasta el punto de que dudo mucho que hubiera fundado *Bocatta* por mucho que le hubiéramos empezado a sisar el bocata de salami. Vamos, es que se habría suicidado fijo.

El caso es que era una época en que todos los que nos considerábamos *cool* (*kul* en euskera) o *guay* (*guai* en este caso), íbamos con el pelo despeinado peinado hacia delante (y claro que sí, se puede perfectamente llevar el pelo peinado al estilo despeinado, de hecho es un clásico y si no lo entiendes me das una pena considerable). Asimismo, llevábamos lógicamente la camisa del uniforme por fuera del pantalón, con los botones abrochados en los ojales que no les correspondían. En cuanto a los cuellos, debían estar hechos un *cristo* y siempre por encima de los de la chaqueta (los cuales a su vez debían guardar siempre una perfecta y anamórfica asimetría). Completaban el cuadro unos cordones de los zapatos desatados y el nudo de la corbata a la altura del ombligo (los compañeros más atrevidos e iconoclastas, a veces se tropezaban con su punta al caminar, ya que lo hacían además de un modo muy simiesco que, por qué no decirlo, quedaba como mucho más *pasota*). Dicho nudo además, como era de esperar, lo hacíamos sólo el primer día de clase (nos lo hacía mamá, mejor dicho), y nos tenía que durar todo el año. Por eso iba menguando y endureciéndose día a día, hasta el punto de que al final de curso el nudito parecía un *Conguito*, y luego ya era imposible deshacerlo sin llamar previamente a un fontanero (normalmente salía más barato comprar otra corbata). En resumidas cuentas, era un estilismo que quería simbolizar una clara rebelión contra el *aprendizaje*. Por decirlo en una frase gráfica, era como decir *vale, voy al colegio, de acuerdo, pero que conste que me obligan, porque no tengo la más mínima intención de aprender absolutamente nada*. Eso era lo que desde luego se llevaba por entonces, y lo que nos hacía interesantes de cara a las chicas (que no fuera mi caso es lo de menos, además de otro debate que de momento prefiero dejar de lado).

Pues bien, durante esa época la música era algo vital de cara a granjearnos el favor popular, y a resultar unos gilipollas medianamente atractivos (ya he hablado en el otro volumen de cómo se forjó nuestra mítica banda de *rock negurítico*, *Pitching Wedge*, así que si eres un lector de nuevo cuño y quieres informarte, ya sabes..., y que no me entere yo de que lo pides prestado, ¡tío cutre, más que cutre!). Me refiero a que eran tiempos en los que no saber nada de *The Cure*, *David Bowie*, *The Smiths*, *The Clash* o *Psychedelic Furs*, te condenaba literalmente a la más abyecta de las proscripciones. Pero sobre todo quédate con *The Cure*. Esa mítica banda era la verdadera *llave*, el atajo hacia el éxito social.

Porque a ver, si querías maximizar la rentabilidad de tus recursos financieros de cara a lograr notoriedad y encanto populares, hacerlo a través de *The Cure* era de lejos lo más indicado. Su relación *poder magnetizador/precio* era sencillamente insuperable. De hecho había tipos como *Tope Aranzadi* que poseyendo un único disco de *The Cure* tenían mucho más gancho con las tías que gente con varias *Vespinos* en su garaje. Y eso que *Tope* era feo de cojones, y tenía una capa de acné con más cráteres que un paisaje lunar. Pero bueno, sólo con el mote de *Tope* (en realidad se llamaba *Alfonso José*), que era todo menos irónico, ya veis a qué alturas pilotaba el cabrón de él. También es verdad que *Tope* era todo un pionero, y por entonces ya consumía droga dura a espuestas. Y eso, con dieciséis años, quieras o no, te imbuye de un irresistible aura de *malditismo* de pro, que ni follándote a la mismísima *Angelina Jolie* de la época quien, por cierto, ahora que lo pienso no se me ocurre quién demonios podría ser (*Xuxa* desde luego que no). En fin, que me pierdo, a lo que íbamos.

Pues en esas estábamos cuando un día *Ramontxu*, que no se enteraba de nada y siempre iba perfectamente repeinado y oliendo a colonia *Álvarez Gómez* (y hasta con el jersey oficial del uniforme del colegio, azul marino con rayas amarilla y azul clarito; hace falta ser memo), se presenta un día en clase y se me acerca. Estábamos esperando todos a que llegara el profesor. Recuerdo como si fuera ayer que yo estaba fumándome dos cigarros a la vez (todo el mundo se estaba fumando por lo menos uno, y no se me ocurría un modo mejor de destacar). Con cara de suicida potencial que está de vuelta de todo (en esos días se llevaba mucho esa pose), miraba por la ventana con gesto apesadumbrado, aunque reconozco que el humo me nublaba la vista y no veía un puto pijo. De repente me dan un toque en la espalda, por lo que me giro para ver quién osaba interrumpir mi misterioso y cautivador aislamiento en plan *Lord Byron*. Era *Ramontxu*, que entonces bajó la mirada para hurgar en su mochila fucsia de *Hello Kitty* (su madre le había adjudicado sin miramiento alguno la de su hermana mayor, ya universitaria, porque aunque estaban *forradísimos* la muy zorra de ella se negaba a comprarle otra). Entonces va *Ramontxu* y saca cuatro discos vinilos. Acto seguido me los ofrece con máximas solicitud y deferencia:

—Hola, *Medita*, me los acabo de pillar— porque uno no compraba cosas por esa época, sino que las *pillaba*—, así que si no los tienes te los dejo grabar.

Las intenciones de *Ramontxu* no eran malas, lo admito, y soy consciente de que trataba honradamente de hacerse un hueco en las procelosas aguas de la adolescencia disfuncional. Sin embargo, por otra parte no sé cuándo estuvo menos brillante, si en ese momento o en el bunker del 18 veinte años después.

Y es que cuando cogí los discos para ver de quiénes eran, se me cayeron ambos cigarros de sendas comisuras de los labios, con lo que casi me incendio los huevos. Porque atento, querido lector, o al loro, como prefieras, los tres primeros eran respectivamente de *Parchís*, *Caramelo* y *Enrique y Ana*. Yo le miré con aire realmente desconcertado, sin saber si me estaba tomando el pelo. Pero cuando sacó el cuarto y vi con inusitada estupefacción que era de *Cantores de Híspalis*, no me cupo duda de que *Ramontxu* no bromeaba en absoluto. Y eso sí que era un verdadero *caramelo* en cuanto a su poder desbaratador, de modo que no pude resistir la tentación. Me levanté raudo del radiador desde el que aguardaba la llegada del profesor de *Sociales* (recuerdo con cierta extrañeza que en el libro de texto aparecían los distintos estamentos sociales divididos en clase *normal*, *precaria*, *baja*, *proletaria* e *indigente*) y grité a los cuatro vientos:

—¡Ey, escuchad todos y flipad qué música escucha el *freakie* de *Basterrechea*!

Supongo que el resto no hace falta que te lo detalle. Ni que decir tiene que a partir de ahí las cosas para *Ramontxu* no dejaron de ponerse cuesta arriba (y eso que para él ya estaban empinadas de cojones).

Entiendo que *Ramontxu* nunca pudiera olvidar cómo me ensañé con él e hice escarnio de su anacrónico gusto musical, pero seguro que ahora has empezado ya a medio creerte la leyenda de los *Reyes Magos*, ¿verdad? Y es que cuando los niños de la época nos enterábamos del tema de los *Reyes Magos*, en la mayoría de los casos no clínicos ya habíamos dejado de escuchar a *Parchís* mucho tiempo atrás (lo de *Cantores de Híspalis* admito que es algo que me descolocó por completo, porque no sabía muy bien si en el fondo se trataba de una genialidad emboscada, más que de un pésimo sentido del gusto).

Volviendo a mi encuentro reciente con *Ramontxu*, mientras nos íbamos acercando al pasear en sentidos contrarios, recuerdo que pensé en que me encontraba inmerso una especie de *western negurítico*. Era como si estuviéramos llevando a cabo un auténtico duelo de colgados. Parecía lo mismo que les pasa a los dos miembros de una pareja que lleva mucho tiempo queriendo decirse que se desean, pero sin atreverse ninguno de los dos a dar el primer paso. Nosotros no sabíamos cómo decirnos que ambos nos habíamos quedado *sin plan*. Como fui yo el que en su día le puteó a saco, consideré ladinamente que la pelota estaba en su tejado, en el sentido de que si pasaba de mí yo lo tenía que comprender. Podrás pensar también quizás que en realidad me correspondía a mí pedirle perdón, por haber sido yo el ofensor años atrás. Pero no, todavía no

estaba tan desesperado. Y es que joder, se trataba nada más y nada menos que de *Ramontxu Bastarrechea*, un tipo del que su mujer se había divorciado porque no sabía que los *Reyes Magos* eran los padres, así que echa cuentas (corren rumores de que al juez le costó un poco darle la razón a *Fanny* durante el proceso judicial, ya que dicha casuística no estaba tipificada, y sobre la misma tampoco había jurisprudencia alguna; pero claro, estarás conmigo en que el sentido común estaba del lado de *Fanny*). A lo que voy es que creo que era yo el que en ese sentido tenía más que perder. Porque que te vieran en público tomando una birra con *Ramontxu* en plan derrochando afecto y complicidad, créeme que podía tener consecuencias absolutamente definitivas para alguien con una reputación tan maltrecha como la mía.

Cuando estábamos a apenas cinco metros de distancia, me di cuenta de que *Ramontxu* estuvo a punto de bajar la cabeza para mirar el móvil (sí, haciendo como que le llamaban). Sin embargo se contuvo. Yo creo que lo hizo porque, como digo, *Ramontxu* estaba a mi entender incluso bastante peor que yo. O bueno, por lo menos su estado de abatimiento era mucho más *vox populi* que el mío, y eso en *Neguri* condiciona sobremanera. Era como si los dos sufriéramos alguna tara o enfermedad, y mientras que la mía permanecía todavía oculta, él estuviera sin piernas ni brazos. Por eso la pregunta que le hice, ahora que lo pienso, justo cuando se plantó delante de mí con esa estúpida sonrisa suya que siempre parece ir a juego con sus calcetines de rombos, reconozco que quizás sonara un poco sarcástica.

—Hombre, *Ramontxu*, ¿qué tal *todo*?

Y es que estarás conmigo en que no se le pregunta qué tal *todo* a alguien sin piernas ni brazos, como mucho se le pregunta qué tal *algo*. Y eso sólo si tienes mucha confianza y la constancia de que por ejemplo su equipo de fútbol favorito ganó la última jornada de *Liga*. Porque si no sería un poco como entrar en un campo de concentración, y preguntar como si nada a los prisioneros a ver si tienen *apetito*. Es decir, en plan espontáneo y como de pasada. Claro, lo lógico sería que los famélicos prisioneros se te lanzaran al cuello y lo que se comieran fuera tu persona. Pero lo bueno que tiene la pregunta de *qué tal todo* en *Neguri*, es que sólo admite una única respuesta.

—Todo *colosal*— me respondió *Ramontxu*.

Qué maravilloso es el ser humano en muchos aspectos, de verdad, cómo utiliza la cortesía y el pudor como escudos protectores. Qué fantástica es muchas veces la mentira, o la media verdad, la socorrida frase hecha utilizada a modo

de *Kleenex*. Los mecanismos automáticos de autodefensa del ser humano han evolucionado hasta límites insospechados, sofisticando las maniobras escapistas del alma hasta el punto de hacer de ella un feudo casi inexpugnable. Y es que el lenguaje ya no sirve para comunicarnos de forma natural. Lo hemos convertido en una herramienta con la que dejar claro *eso* de lo que nunca jamás hay que hablar. Te condena tu *pueblo* al ostracismo total por gilipollas y tramposo, luego te abandona tu mujer con tus hijos por no saber que los *Reyes Magos* son los padres, y cuando te preguntan qué tal todo respondes que *colosal*. Simplemente fantástico, admirable, *Ramontxu*, de verdad que me quito el sombrero ante tamaño sentido de la resistencia social. ¿Te imaginas que en el momento de saludarle todavía no hubiera sido pillado sacando de bunker con la mano, y *Fanny* tampoco supiera que *Ramontxu* no sabía que los *Reyes Magos* son los padres? Es que vamos, igual le pregunto *qué tal todo* y el tío eyacula allí mismo sin previo aviso, ¿no crees?

En fin, el caso es que en ese momento me di perfecta cuenta, pero de verdad, sí, en plan epifanía o visión sobrenatural, de que mi vida se estaba yendo al garete. Y es que tras intercambiar las típicas inanidades de rigor, *Ramontxu* y yo no sólo nos intercambiamos los teléfonos (los números, me refiero, porque ya me habría gustado quedarme con su *Blackberry* y darle mi puto *zapatófono* por mucho *Organizador* que tuviera), sino que incluso uno de los dos, prefiero olvidar quién, rectificó el sentido de su caminata y acompañó al otro a *Casineguri*, o sea *Las Arenas* (es el único gran fallo de *Neguri*, que no te puedes emborrachar en condiciones y con un mínima continuidad) para, pues eso, para contarnos el uno al otro que en realidad estábamos atravesando un momento *fantástico* en nuestra respectivas singladuras vitales.

Y te *juro* que hacerlo fue un gran acierto, porque no te puedes imaginar lo que ayuda que alguien, sabedor de que tú tampoco estás mucho mejor que él, se te ponga a llorar sin motivo aparente (digo *aparente* porque justo antes de ponerse a llorar, *Ramontxu* me aseguró estar *arrebatado* con el nuevo *driver* que se había comprado). Te aseguro con respecto a ese particular que el que dijo eso de *mal de muchos, consuelo de tontos*, no solo era más tonto que nadie; era sobre todo un mentiroso de tres pares de cojones.

Eso sí, admito que rompió a llorar cuando ya nos habíamos tomado diez *cañitas* cada uno (el diminutivo es de lo más socorrido en estos casos), y todos sabemos que el alcohol excorrea. Esto es, agudiza todos los sentidos. Sólo que en este caso no sólo lo hizo para mal, sino que para fatal.

Ya bañado en lágrimas, le puse a *Ramontxu* la mano en la nuca en clara señal solidaria y conmisericordiosa. Fue entonces cuando *Ramontxu* volvió

a *descolocarme* de nuevo (y eso que yo también tenía ya un *pedo* de colores), porque alzó la cabeza y, con ojos implorantes, me musitó al oído.

—¿Tú lo sabías?

—El qué— contesté.

—Lo de los *Reyes Magos*— me susurró *Ramontxu* en el tono más bajo posible, ya que haberlo bajado más habría implicado hablar en silencio, lo cual obviamente deja de ser hablar para convertirse en..., pues no sé, supongo que hacer muecas.

Me parecía una situación tan surrealista a la par que dolorosa, que no pude emitir sonido alguno. Me limité a asentir con los labios apretados y los ojos centelleantes por la emoción del momento. Pero no fue suficiente, ya que *Ramontxu* estaba decidido a seguir hurgando en la herida para llegar al fondo del asunto.

—Pero a ti..., te le dijeron, ¿no?, ¿o lo descubriste por tu cuenta?

Mira por dónde, querido lector, ahí tenía que darle la razón al pobre *Ramontxu*. Porque qué habría sido de mí si nadie me hubiera revelado abiertamente que los *Reyes Magos* son los padres. ¿Habría sospechado algo? Quiero pensar que sí, que habría sospechado *muchísimo*. Pero tan sólo sospecho que lo habría sospechado. Y claro, no es lo mismo, porque una cosa es una certeza, y otra muy diferente una sospecha.

No obstante, mi estimado compadre, seas *negurítico* o no, he de confesarte algo antes de proseguir relatándote mi desilusionante relación con *Ramontxu*. Y es que empezar hablándote de *Ramontxu Basterrechea* ha sido casi comenzar por la consecuencia. Porque la causa de todo, la verdadera causa de este sin vivir que tan implacablemente me asola, así como el motivo por el que estoy escribiéndote *ahora* estas desgarradoras líneas, tiene un único culpable: yo mismo.